

SAN CLAUDIO DE LA COLOMBIÈRE

UNA VIDA DE CONFIANZA



La vida cristiana se sostiene, ante todo y sobre todo, en su raíz más honda, sobre un acto sencillo y a la vez exigente: **confiar**. Confiar cuando todo va bien, pero también —y, sobre todo— cuando el camino se oscurece. En esa escuela de confianza se inscribe nuestro Padre Andrés Coindre, y antes, una figura luminosa: **Claudio La Colombière**, sacerdote jesuita y testigo humilde del amor del Corazón de Cristo.

Nacido en 1641 en Saint-Symphorien-d'Ozon, cerca de Lyon, Claudio creció en un ambiente acomodado. Sin embargo, desde joven percibió que su vida no podía apoyarse solo en seguridades humanas. A los diecisiete años ingresó en la Compañía de Jesús, y allí fue aprendiendo —no sin luchas— a dejarse conducir por Dios. Estudió teología en París, ejerció como educador, fue predicador y formador. Pero su fecundidad más profunda no brotó de sus cargos, sino de una vida vivida desde dentro, en apertura total a Dios. Ahí está la clave de su vida.

CONOCE A MARGARITA MARÍA

En 1675 fue enviado como superior jesuita a **Paray-le-Monial**, un lugar discreto que Dios había elegido para una historia grande. Allí acompañó espiritualmente a las religiosas de la Visitación, entre ellas a **Margarita María Alacoque**, a quien el Señor confiaba la misión de dar a conocer su Corazón traspasado de amor. Claudio supo escuchar, discernir y sostener, aun cuando aquello parecía excesivo y costaba comprender. Su fe no se apoyó en evidencias, sino en una confianza serena en la obra de Dios.

ABANDONO y CONFIANZA

De salud frágil, marcado por incomprendiones y pruebas, san Claudio aprendió a hacer de su debilidad un lugar de abandono. Tras su muerte, su libeo *Retraite spirituelle* ayudó a muchos a descubrir que la devoción al Corazón de Jesús no es sentimentalismo, sino **escuela de confianza total**.

Hoy lo recordamos especialmente por su conmovedor *Acto de confianza*, una oración nacida de la experiencia de marginación en que se vio envuelto, no de la teoría. En ella no habla un hombre seguro de sí, sino alguien que ha decidido **entregarle a Dios sus inquietudes**, renunciar al control y descansar en la Providencia:

He decidido vivir de ahora en adelante sin ningún cuidado, descargando en Ti todas mis inquietudes: 'En paz me acuesto y en seguida me duermo, porque Tú sólo, Señor, me haces vivir tranquilo' (Sal 4,10)".

Claudio sabe que todo puede fallar: la salud, las fuerzas, incluso la propia fidelidad. No idealiza la vida espiritual. Conoce su fragilidad física y psicológica, y ha visto caer “astros del cielo y columnas del firmamento”. Sin embargo, está persuadido de que **mientras la esperanza permanezca, nada podrá destruirlo**.

Su confianza no se apoya en méritos, penitencias o fervores. No se apoya siquiera en la constancia personal. Se apoya únicamente en Dios. Por eso puede decir, con una libertad desarmante, que su confianza se funda... en la misma confianza. Es decir, en ese salto interior que deja de mirarse a sí mismo para fijar los ojos en el Señor.

Esta oración no invita a una fe ingenua, sino a una fe **despojada**, que acepta la propia pobreza y la transforma en lugar de encuentro. Nos recuerda que la verdadera paz no nace de tenerlo todo bajo control, sino de sabernos sostenidos.

San Claudio fue canonizado por Juan Pablo II en 1992; Margarita María lo había sido antes, en 1920, por Benedicto XV. Pero más allá de las fechas, su herencia sigue viva cada vez que un creyente, cansado o temeroso, se atreve a decirle a Dios: “*En Ti he esperado; no quedaré avergonzado*”.

TAL VEZ...

Tal vez hoy, como san Claudio, también nosotros podamos repetir, no como consigna fácil, sino como oración confiada:

Señor, he decidido vivir sin preocupaciones que me quiten la paz, porque mi vida está en tus manos.